

PRUEBA DE INGRESO 2019 - IDIOMA ESPAÑOL

PARTE A (Puntaje máximo: 50 puntos):

Las visitas al apartamento del tío duraban lo que el padre demoraba en conversar a media voz con el viejo, revisar documentos y firmar papeles, que finalmente iban a ser guardados en la misma caja fuerte de donde habían sido sacados. Ese armatoste de hierro maravillaba a los niños, lo mismo que las antigüedades que parecían no caber en las habitaciones. Mesitas, jarrones, lámparas, platos apilados, cajas con cubiertos envueltos en celofán amarillento por los años, cuadros en el piso contra las paredes, y otras que no reconocían o cuyos nombres ignoraban eran las piezas de un tesoro abundante, variado y disperso que fascinaba a los muchachos, acompañados en las recorridas por la madre, atenta a que no fueran a tocar nada. Fue ella quien les contó que en otra época el tío había sido dueño de un bazar muy famoso, y cuando lo cerró decidió quedarse con eso que veían, y que dificultaba caminar. Sin soltar de la mano al más chico, la madre entretenía a los niños en tanto los hombres terminaban de hacer negocios. «Mija, querida, dale una vuelta a los nenes mientras termino de hacer negocios con tu marido», era el pedido invariable del tío apenas terminaban los saludos, y luego de ofrecerles unas galletitas blanduzcas de chocolate que pasaba en un plato con los bordes cariados. ¿El mismo plato y las galletitas que habían sobrado de la vez anterior? Tal vez fuese así, aunque eso parecía no importarles a los niños al momento de servirse.

De vez en cuando llegaban los aportes de la tía de Montevideo, que volvía a instalar en las conversaciones de la mañana el tema del pariente al que dedicaban más tiempo e interés que a otros miembros de la familia. Durante una temporada el asunto favorito fue «la gorda de arriba». Así la nombraba el tío al referirse a una vecina muy servicial, que a veces le bajaba un plato de comida o lo cuidaba cuando estaba enfermo. Por lo poco que pudo saberse, la señora también era viuda y vivía con la sola compañía de una nieta quinceañera, al menos en el momento en que ocupó las tenidas matutinas, seguidas por los hermanos desde el dormitorio con el mismo interés con que escuchaban los radioteatros de la tardecita. Pronto la misteriosa gorda fue para ellos más interesante que «El bandido de la luz roja», el asesino protagonista de los episodios que los tenía pegados a la radio y callados por media hora. Junto con los chismes provenientes de la capital, que daban por sentado que los viudos eran amantes, llegaban las advertencias de lo peligrosa que resultaba la presencia de la gorda para los intereses de los sobrinos.

Una mañana los dos más grandes, mientras se vestían para ir a la escuela, escucharon que el tío Arliciano «había pagado toda la fiesta del cumpleaños de quince de la nieta de la gorda». Aparte de concluir con un furioso «¿Qué más podías esperar? ¡Estaba visto!», la abuela dijo que era un idiota, y así lo nombraría cada vez que aludieran a la plata que le estaría sacando la gorda. Los temores matutinos de que la viuda se aprovechara del tío se intensificaron con la aparición de una nueva informante montevideana, la Nena, otra sobrina del investigado, que al ser divorciada y sin hijos tenía más tiempo disponible para telefonar o ir hasta el Barrio Sur y enterarse en el lugar acerca de lo que estaba ocurriendo. Los chismes de la Nena eran más sustanciosos, no solo por ser detallados sino porque siempre llegaban acompañados por su propia opinión, lapidaria y estridente. Al parecer la Nena maldecía por teléfono al [oído] de la abuela, que al día siguiente transmitía con pelos y señales lo escuchado y de paso aprovechaba para insultar de rebote —«La Nena dice»— a su hermano ante su hija, la sobrina del tío cuestionado, la madre de los niños que escuchaban divertidos mientras ampliaban su vocabulario con procacidades para usar en las conversaciones con amigos. Más allá de los adjetivos groseros para calificar al hombre que se dejaba manipular por la gorda de arriba y su nieta, los dos más grandes aprendieron pronto que el tío era rico.

Al mayor, tal vez por ser el ahijado —por respeto, condescendencia o lástima—, le costaba creer lo que se decía del padrino. «Si fuera rico tendría auto, viviría en una casa y nos hubiera regalado una bicicleta», argumentaba. El otro, sintiéndose con más libertad y desfachatado como era —no se ponía colorado como su hermano cuando mentía—, se agarraba de que era un machete, que eso era lo que había dicho una vez su padre. «Los pobres no son machetes porque no tienen plata», sostenía. Camino a la escuela, que era cuando aprovechaban para pasar en limpio lo escuchado mientras las mujeres tomaban mate, más de una vez hablaron del tema. Aunque no estaban de acuerdo, al más grande no le disgustó, o al menos no dijo nada, cuando una tarde su hermano confesó, pavoneándose ante la barra de los amigos, que tenían un tío con muchísima plata. Ninguno de los presentes se quedó atrás, y al final todos tuvieron, de verdad o inventado, un pariente millonario.

Lo que para los muchachos por un tiempo fue un misterio, que luego se develó de manera casual, era lo relacionado con la manera en que el tío se ganaba la vida. «¿De dónde saca la plata?», «¿En qué trabaja?», «¿Qué son los negocios?», se preguntaban. Ni al más lanzado de los dos le daba el paño para pedirle una [explicación] al padre, así que tan solo les quedaba aguzar el oído y tratar de pescar algo de las conversaciones que ocurrían en la cocina cuando la casa estaba quieta.

No tuvieron suerte. El tío había pasado a segundo plano, y entre las muchas cosas de las que se enteraron desde la cama estuvo la infidelidad evidente en un matrimonio amigo de la familia, cuyos hijos eran de los más cercanos de los que se reunían después de hacer los deberes. [...]

Después de semanas sin obtener respuestas, y cuando ya habían desistido de averiguar, el padre comunicó la noticia, que cayó como una bomba en la mesa del almuerzo. «Ayer le robaron treinta mil pesos a don Arliciano. Hoy de mañana me llamó la Nena al consultorio. Dice que está bien. Albérico, que lo acompañó a hacer la denuncia, se está quedando con él». Luego de las condolencias inmediatas de las mujeres, salpicadas por la infaltable frase «¡Mire si le llega a dar algo!», que dijo

una y la otra repitió, el padre dio detalles de lo ocurrido, que se resumía así: al tío lo habían pungueado en el ómnibus y le habían robado treinta mil pesos. El padre aclaró por sí que esa cifra era un platal, y a pedido de los dos más grandes explicó lo que era una punga. Aprendieron una palabra nueva, a la que en la noche se sumó otra cuando el padre mostró y leyó el principal título de la primera página del diario: «La punga más grande de la historia. Robaron \$ 30.000 a un sexagenario». Inmediatamente los dos más grandes se miraron y sonrieron cómplices pensando, sin duda, que sexagenario era un insulto, parecido a lo que había dicho el padre al mediodía: «¡Hay que ser choto para andar con treinta mil pesos en un ómnibus!». Fue la madre la que dijo lo que significaba sexagenario. «¿El tío tiene sesenta años?», preguntó sorprendido el más grande. «Sesenta y cinco para sesenta y seis», puntualizó la abuela. El más chico no podía con tanta palabra nueva y, como siempre se sentía obligado a decir algo, empezó a piar repitiendo «Tío, tío, tío...» que el más grande interrumpió con un rotundo «¡Callate, no seas sexagenario!». Cuando ocurrió la inmediata reprimenda del padre, los dos mayores se buscaron con la mirada, porque habían confirmado que un sexagenario era efectivamente un choto o algo peor. A partir de ese día y a espaldas de los adultos, al más chico empezaron a decirle sexagenario, tan solo para verlo rabiar.

Más allá del nuevo bautizo que le endosaron a la víctima predilecta de sus bromas, el asunto de la punga les sirvió a los gandules, como los nombraba la abuela, para enterarse en qué trabajaba el tío. Ante la pregunta directa de uno de los dos, el padre respondió con un rotundo «Es prestamista». Inmediatamente, al advertir las caras de desconcierto de los curiosos, explicó: «Le presta plata a la gente que la necesita». El más grande se sintió orgulloso de su padrino, al que no dudó en comparar con los santos de las películas que veían los domingos en las funciones del Cine Parroquial. Al otro le quedaron dudas de que eso fuera un trabajo. Fue lo que hablaron más tarde, cuando ya estaban acostados y con la luz apagada. Como otras noches, no se pusieron de acuerdo. El cansancio del día, el arrullo de sus propias voces susurradas y la quietud silenciosa de afuera, hicieron que al final se durmieran en paz.

Cuando los días apacibles de la niñez fueron sustituidos por las revelaciones del crecimiento, la rutina de la casa pretendió mantenerse inalterable, como si el deslizarse del tiempo fuese algo que ocurría fuera de aquellas paredes. La madre y la abuela seguían madrugando para encontrarse en la cocina, y los horarios de almuerzo y cena se mantuvieron incambiables. Sin embargo las conversaciones en la mesa menguaron. El omnipresente oráculo paterno se fue desvaneciendo sin que nadie lo advirtiera y lo mismo sucedió con los intercambios que generaban diálogos variados, idas y vueltas de todos contra todos que discurrían entre reclamos, reproches y bromas, especialmente estas últimas, que obligaban a estar atentos. A mediodía y de noche se comía atendiendo al televisor, que demandaba el silencio de los comensales, ocasionalmente roto por algún comentario breve a lo que estaban viendo. Fue por eso que las anunciadas visitas del tío Arliciano fueron comentadas al pasar, aprovechando alguna tanda de avisos, y perdieron el encanto de lo esperado. Las mujeres ya no informaban de los preparativos para la llegada del huésped y tampoco se les hacían a los muchachos las consabidas recomendaciones para que no molestaran. Como siempre, compartiría el dormitorio con los dos más grandes.

Milton Fornaro, «El cuento del tío», en *Accidentes domésticos*, Ediciones de la Banda Oriental, 2017, pp. 121-126

1. Clasificar las siguientes palabras por su acento prosódico e indicar por qué llevan tilde (están recuadradas en el texto): *oído, explicación, ómnibus, qué, huésped*.
2. Analizar sintácticamente las estructuras que se transcriben a continuación:
 - a. *Ese armatoste de hierro maravillaba a los niños.*
 - b. *Los temores matutinos de que la viuda se aprovechara del tío se intensificaron con la aparición de una nueva informante montevideana, la Nena...*
 - c. *...les contó que en otra época el tío había sido dueño de un bazar muy famoso.*
 - d. *...al tío lo habían pungueado en el ómnibus y le habían robado treinta mil pesos.*
 - e. *Le presta plata a la gente que la necesita.*
 - f. *Las mujeres ya no informaban de los preparativos para la llegada del huésped.*
3. Teniendo en cuenta su uso en el texto, indicar persona, número, tiempo y modo de los siguientes verbos (subrayados): *hubiera regalado, habían desistido, callate, seas, se durmieran, compartiría*.

4. Ubicar las palabras del siguiente fragmento en las categorías propuestas. Si a juicio del estudiante alguna de las palabras a clasificar posee en este pasaje caracteres gramaticales propios de más de una clase, repetirla en cada uno de los ítems que corresponda:

...una tarde su hermano confesó, pavoneándose ante la barra de los amigos, que tenían un tío con muchísima plata

sustantivo:

adjetivo:

artículo:

pronombre:

verbo:

adverbio:

preposición:

conjunción:

PARTE B (Puntaje máximo: 50 puntos)

1. Resumir en aproximadamente diez renglones el contenido del texto impreso.
2. Sustituir las palabras subrayadas en estos fragmentos por términos o expresiones equivalentes:
 - a. *Los chismes de la Nena eran más sustanciosos, no solo por ser detallados sino porque siempre llegaban acompañados por su propia opinión, lapidaria y estridente.*
 - b. *...ampliaban su vocabulario con procacidades para usar en las conversaciones con amigos.*
 - c. *Más allá del nuevo bautizo que le endosaron a la víctima predilecta de sus bromas, el asunto de la punga les sirvió a los gandules, como los nombraba la abuela, para enterarse en qué trabajaba el tío.*
3. Dictado de otro fragmento del mismo cuento.
4. Justificar el uso de los cuatro signos de puntuación que aparecen en el primer enunciado del texto dictado.
5. Elaborar un texto en el que se desarrollen tres características del ambiente familiar incorporando citas textuales a modo de justificación, que pueden extraerse de cualquiera de los dos fragmentos.

El examen se aprueba con un puntaje mínimo de 60% de acierto.

Texto para el dictado

En el momento en que los tres hermanos —el más chico ya estaba en la escuela y los otros dos en el liceo— creían conocerlo todo sobre aquella especie de abuelo postizo, ocurrió un hecho infrecuente que los tuvo como testigos: el padre y el tío Arliciano se trenzaron en una discusión política que pronto los puso de mal humor. Perdieron la calma, llegaron a gritarse y al final terminaron sin dirigirse la palabra. Aunque después se sentaron a la mesa y comieron desganados y en silencio, la reunión familiar se había echado a perder mucho antes de que el asado terminara negro y duro. Nadie abrió la boca, ni siquiera las mujeres para ofrecer las papas con perejil o la lechuga con cebolla. Esa misma tarde, sin despedirse, el visitante tomó el ómnibus de vuelta a Montevideo.

Aquello sucedió un domingo al mediodía. Mientras las mujeres aprontaban las ensaladas y tendían la mesa en el interior de la casa, los cinco varones estaban rodeando la parrilla, atendiendo la carne que se hacía sin prisa. Los adultos tomaban ron con hielo sentados a la sombra de la higuera. Si bien eran adversarios políticos, el tío blanco y el padre colorado, las conversaciones sobre los colores que cada uno defendía nunca habían pasado de observaciones irónicas y muchas veces jocosas, como cuando el visitante alardeó de haber combatido en la revolución de 1904, atribuyéndose algunos degüellos.

—Los paraba en fila, les metía los dedos en la nariz para tirarles la cabeza para atrás y de un solo tajo les cortaba la garganta —contó buscando encantar a los niños.

—Arriba de algún banquito —agregó el padre.

—¿Cómo dice? —preguntó agravando la voz, fingiéndose ofendido.

—Que para hacer eso que cuenta tendría que pararse arriba de un banquito, porque si la matemática no me falla, usted en 1904 era un niño. Con suerte les podría llegar a la barriga.

El tío renegó e inventó otras mentiras que se diluyeron en las risas de los niños que imitaban al padre que se burlaba, y decía:

—No siga, don. Esa no se la creen ni estos —agregó señalando con la cabeza a los tres que se divertían a costillas del rezongón. Él se prestaba al juego y terminaba sumándose al jolgorio.